

EFEMERIDES TOLEDANAS**TERCER CENTENARIO DE GERARDO LOBO**

Cuenta Pascual Madoz (VII-260), que Cuerva está a seis leguas de la Imperial ciudad de Toledo, en el partido judicial de Navahermosa y que tenía en 1847 unas ciento setenta y cinco casas habitadas, sin contar otros muchos edificios dedicados a diversos menesteres. Que las calles estaban cuidadas con poco esmero, empedradas, con una fuente de piedra que traía su venero de Hontanillas; que su plaza principal era de figura redonda con soportales, con su Ayuntamiento y su Pósito de cereales, posiblemente almacén de granos del Común de Villa y Tierra para los años de mala cosecha... Tenía Cuerva algún comercio y talleres artesanos relacionados con la agricultura, donde se abastecían los pueblos próximos de Totanés, Pulgar, Las Ventas, Peña-Aguilera, Menasalbas y Gálvez. Por unos puentecillos pasaban las gentes el arroyo Prado, para ir a la ermita de la Virgen del Remedio, por la que sentían una gran devoción.

Un castillo en ruinas vigilaba el burgo; y el palacio, deshabitado a la sazón, de los Condes de Oñate hablaba de otras épocas más propicias. Rodeando el núcleo urbano, las tierras cultivadas, frías, arenosas, en el llano sin fin apenas cortado de vez en cuando por peñascos donde se aseasonaba el ganado lanar en los estíos y rumiaban su pienso los ochenta pares de bueyes que había en la villa, con algunos carros agrícolas y algunas mulas sueltas.

En este marco rural y romántico de la España que cabalga sobre los siglos XVII y XVIII, ve la luz Eugenio Gerardo Lobo, que fue bautizado a 30 de septiembre de 1679 en la iglesia de Santiago Apóstol, no lejos de un convento de monjas carmelitas. Desde niño dio muestras de su ingenio retozón y burlesco, apenas domeñado por unos padres bien acomodados y los dómines de primeras letras. A pesar de su desenfado, fue un muchacho profundamente religioso y de un acendrado patriotismo. Después de cursar estudios en Salamanca y Alcalá de Henares, le dio por la milicia. El mismo lo confiesa:

«A la escuela pasé de los fusiles
donde estudié en sufrir riesgos y soles...»

Ya oficial, su vida transcurre en los reinados de transición alborotada y bélica: Carlos II *el Hechizado*, muerto en 1700; el triste final de la decadencia de los Austrias; la llamada guerra de Devolución, los disturbios interiores, las dos guerras con Francia, aparte de la de Sucesión y las campañas de los Países Bajos, Alemania, Nápoles e Italia, con el asentamiento de los Borbones en España. A sus veinticinco años el Capitán de Caballería Eugenio Gerardo Lobo toma partido por Felipe V (1700-1746), que reinó en dos etapas, ingresando en Granada en un regimiento de Coraceros y después en el de Guardias Españolas de Infantería. Presente estuvo en el reinado relámpago de Luis I (1724), casado con la nada modélica esposa Luisa Isabel de Orleáns. Apenas llegó a reinar unos meses, muriendo de viruelas, abdicando en su padre.

Eugenio Gerardo Lobo, de musa socarrona y mordaz, conoció bien aquella Corte que se prolonga hasta Fernando VI (1746-1759), con la liquidación de los asuntos guerreros y una política de neutralidad.

Ambiente disoluto en todos los sentidos que conoció a fondo *el Mariscal Poeta* de Cuerva, el de la Corte depravada de su época, que los primeros Borbones heredaron del ambiente corrompido de París y que chocaba con la severa etiqueta española, nada acorde en su recato con el descoco y la desenvoltura. Fue un militar valiente, veterano y ganador en duros combates, ya general de Brigada por méritos de guerra, al coger prisioneros, cañones, armas y bagajes, regateándosele el ascenso a Mariscal de Campo hasta edad muy avanzada. El se desquitó escribiendo:

«Asistentes de tertulia
son condes, vizcondes, pares,
milordes, y entre otras bestias
suelen venir Mariscales.»

Su mordacidad, cargada de razón y de heridas mal cicatrizadas por su actuación heroica en muchas campañas, era inmisericorde. En la Corte los franceses y sus connilitones le lla-

maron el «capitán coplero». Cierta día, le escribía a un amigo sobre el alojamiento que había tenido al cambiar de destino, con estas palabras tremendas:

«Dos cerdos al entrar
me dieron la enhorabuena,
que el trato con los franceses
me hizo entenderles la lengua.»

Como en el fondo le tenían pánico, en la «Gaceta de Madrid», a 5 de marzo de 1743, «la Real Graciamerced» le concedía una Encomienda en Daimiel sin beneficios en la sección de recompensas. Era altivo con los turiferarios, no se callaba por nada teniendo razón y vivía con decoro, con dignidad, modestamente. Era valiente hasta extremos notorios defendiendo sus derechos y le temían, fingiendo no tenerlo en cuenta. Por fin Felipe V le nombró Mariscal de Campo y Gobernador Militar y Político de Cataluña en 1746, con entera justicia, reparando así las intrigas de palacio, urdidas por los envidiosos. El sucesor en el trono, Fernando VI, conocedor de sus merecimientos heroicos, de sus méritos, condecoración y valía, repara las injusticias pasadas de los cortesanos y le asciende a Teniente General. Lobo hizo suyo el lema del guerrero-poeta marqués de Santillana, que «no embota la pluma el hierro de la lanza, ni hace floja la mano del caballero», pues supo aunar las letras y las armas.

Hurtado y González Palencia en su *Historia de la Literatura Española*, al tratar de las secuelas poéticas del siglo XVIII, se ocupan de la vida y obras de Eugenio Gerardo Lobo, diciendo que: en la Guerra de Sucesión era Capitán de Coraceros, que estuvo en la conquista de Orán, pasando luego con Felipe V a Italia para tomar parte contra los austríacos y los sardos. Confirman que siendo gobernador militar y político de Barcelona, murió el año 1750 a consecuencia de la caída de un caballo, habiendo testado el día 10 de agosto del citado año.

En 1758, ocho después de su deceso, en la famosa imprenta de Joaquín Ibarra, en Madrid, se publicaron por lo menos dos tomos con obras suyas. El segundo, titulado «Varias Poesías, y entre ellas muchas del excelentísimo señor don Eugenio Gerardo Lobo, Teniente General del Ejército de S. M., Capitán de

Guardias de Infantería Española, y Gobernador Militar, y Político de la Plaza y Ciudad de Barcelona». Nueva edición, corregida y aumentada con muchas piezas póstumas en verso y en prosa..., con licencias Eclesiástica y del Gobierno, 347 páginas en cuarto menor. Abundan en su inspiración desenvuelta los temas castrenses, como «Rasgo épico de la conquista de Orán», y otras muchas composiciones debidas a su buen humor militar, a sus chanzas en verso sobre lo que veía y observaba. Son famosas, ya que constan en antologías y tratados literarios, las décimas que dicen haber hallado en las memorias de un sargento, que las llevaba en su macuto con el fin de evitar los desórdenes de la disciplina, al parecer poco grata a la soldadesca aventurera de la época. Dicen así:

«Será estudio principal
de un soldado verdadero,
el no quitarse el sombrero
aunque pase un general;
desprecie a todo oficial,
hable con ceño cruel
y metiéndose con él,
sin que la razón le venza,
le encaje una desvergüenza
al arcángel San Gabriel.

Blasone con arrogancia
de incesante matador,
advirtiéndole que el valor
se vincula en la ignorancia.
Y si alguno con instancia
le dijere que algún día
saber quién es Dios podría,
responda muy confiado,
que para ser buen soldado
no es menester Theología.»

Como puede verse, se valió de la sátira moderada para mejorar la disciplina de los cuarteles. La tropa y las gentes se sabían de memoria las irónicas instrucciones. Eugenio Gerardo Lobo escribió bastante con acento festivo en diversos géneros literarios, incluso llegó a estrenar algunas comedias, a veces

influenciado como poeta por el culteranismo de Góngora, según puede verse en sus *Obras Completas*.

Lorenzo Conde, en su extenso volumen histórico sobre las «Letras Españolas» (Barcelona, Hymosa, 1936), antes de tratar de la poesía jocosa o burlesca de Diego de Torres Villarroel, en cierta manera discípulo de Lobo en su desenfado rítmico, se ocupa del militar de Cuerva, cuyo tercer centenario de su nacimiento conmemoramos. La cita es larga, necesaria, aunque ocupa las dos grandes páginas 1141-42. Lo merece por lo detallado de su contenido, de transcripción precisa, ya que se trata de un trabajo nada corriente en la biografía del mariscal y poeta toledano. Dice así: «Más celebrado y popular que Alvarez de Toledo, aunque no tan imaginativo como él, fue el capitán Eugenio Gerardo Lobo, que cultivó la poesía por puro pasatiempo, con facilidad inaudita, demostrada en la precocidad de haber escrito desde los doce años versos que se aplaudían con calor en las tertulias. A lo largo de su carrera militar se distinguió por la fidelidad con que sirvió a Felipe V, tomando parte en la guerra de Sucesión, en la conquista de Orán y en las campañas de Italia, durante una de las cuales cayó gravemente herido (1743). Distinguido con el hábito de Santiago y el grado de general, fue nombrado gobernador político y militar de Barcelona, donde murió a consecuencia de la caída de un caballo. Gerardo Lobo es sin disputa uno de los poetas más fáciles e ingeniosos del parnaso español, sobre todo en el género festivo y ligero, por más que el predominio del ambiente llegase a bastardear lo despejado de su ingenio. Aún así, sus contemporáneos le exaltaron por encima de todos con hiperbólica admiración, y por ello tuvo que sufrir luego violentos ataques de los críticos clasicistas. Con la singular espontaneidad que le daba su convicción de que no escribía por alarde literario, trató con desenfado todos los géneros poéticos, desde el poema épico hasta la copla epigramática, y en todos dejó, en medio de su superficialidad, un atisbo de sus innegables dotes poéticas, que le valieron el título de «el Capitán coplero», dado por sus enemigos. Para el teatro escribió dos comedias, «El tejedor Palomeque» y «El más justo rey de Grecia», y en tono épico compuso los poemas titulados «Sitio, ataque y rendición de Lérida», «Sitio de Campoamor» y «Rasgo épico de la conquista de Orán», los tres con episodios de las accio-

nes en que tomó parte». Y sigue el gran tratadista Lorenzo Conde en su *Historia ilustrada de la Literatura*, con el estudio más completo que se ha hecho de Eugenio Gerardo Lobo poeta, por lo que lo transcribimos en esta efemérides por estimarlo preciso: «En la poesía religiosa tiene muy buenas piezas, aunque excesivamente conceptuosas. En los temas líricos compuso notables sonetos y romances, tocados en general de gallardías gongorinas, como el de la «Historia de Medoro y Zelima»; y en el género festivo compuso asimismo romances y décimas, los cuales le dieron su mayor renombre por la gracia y amenidad con que supo presentar los temas, aún los más fútiles e intrascendentes. Entre los romances festivos merecen recordarse el que envió «Al Tesoro Real pidiéndole alguna cantidad sobre su sueldo», y entre las décimas las «Irónicas instrucciones para ser buen soldado», escritas como sátira para refrenar algunos desórdenes introducidos en la disciplina del Ejército; las dirigidas «A don Luis de Narváez, dándole cuenta de la infelicidad de los lugares de Bendonal y Elechosa» (pueblos simbólicos, inexistentes); las «Décimas improvisadas en una tertulia sobre títulos de comedias» y las que contienen la «Definición del *chichisveo*», una de las más típicas muestras del sutil discreteo de la época. Como vemos, la extensa cita merecería la pena en nuestros anales toledanos.

En el tomo I de la célebre «Biblioteca de Autores Españoles», se le incluye entre los poetas líricos destacados del siglo XVIII y también en el tomo LXL, en la composición en que se burla de las «Ilusiones de quien va a las Indias a hacer fortuna», o a hacer la América, como se decía entonces:

«¡Válgame Dios, el tesoro
que he de juntar!, ¡qué equipaje!
No sé si tendré bagaje
para los tejos de oro;
de plata, metal sonoro,
haré trastos de cocina;
reposteros de la China
llevarán todos mis machos,
con muchísimos penachos
de aljófár y venturina.
¡Qué mesa labrar espero,

de una arquitectura rara,
 si hallo un zafiro de a vara,
 de estos que llaman tablero!
 Asientos de nácar quiero,
 con mucho fleco en la falda;
 el ramillete o guirnalda
 de una amatista ha de ser,
 y a sus lados ha de haber
 seis cubiertas de esmeralda.

Bata de oro es baladí;
 bordada tengo de hacerla,
 donde se engaste la perla,
 el jacinto y el rubí;
 cargas de canela allí
 daré a la lumbre por cebo,
 fabricando catre nuevo,
 del ágata y el coral,
 que tenga en cada puntal
 un topacio como un huevo.

¡Mis caballos, qué arrogantes
 comerán en el Perú,
 en morrales de tisú,
 celemines de diamantes!
 Y si salieran errantes
 los prevenidos sucesos,
 ¿hay más que honrar con mis huesos
 la hija de un mercader,
 y tomarla por mujer
 con setecientos mil pesos?»

Sofiar no costaba nada en aquellos y en los presentes tiempos, por lo que tales desvaríos los puso en solfa y verso el mariscal y poeta de Cuerva.

Por su parte, Juan Hurtado y Angel González Palencia, al aludir a la «Selva de las Musas» (Cádiz, 1717), anotan que «los versos largos de Lobo son flojos y en muchos de ellos se notan rastros de culteranismo —lo que ya hemos dicho nosotros más arriba—; en cambio, sus décimas, graciosas y ligeras, son de gran fluidez, rotundidad y facilidad».

Por su parte, se expresa así en torno a nuestro conmemorado: «Sonetos y romances fueron las formas métricas preferidas por un versificador típico de la época, Eugenio Gerardo Lobo, que rinde culto al tradicional ascetismo en el «Epitafio funeral» titulado «*No suspendas al paso, caminante*», en cuya obra, en general prosaica y manida, merecen recordarse algunos aciertos de fino estilo. Así, dentro de la tradición del soneto de Góngora y Quevedo, tiene personalidad el que empieza *Ten esa mano, artífice, que errado*, menos arquitectónico y de imagen que los del siglo XVII, pero en los que apuntan los primores del siglo de Versalles; —*Mandóse retratar una dama, y no acertaron los pintores a sacar una copia parecida*—, o el dedicado *A la estatua del Silencio*, sabia expresión poética del sentido neoclásico de la escultura». En el pie de página da sus datos biográficos sucintos, certificando la posición poética del sentido neoclásico de la escultura». En el pie de «Para poner en el túmulo en las honras que celebró el Regimiento de Guardias de Infantería española, en el Convento de Padres Trinitarios de la ciudad de Barcelona, al excelentísimo señor Duque de Osuna (que goce de Dios), coronel que fue de dicho regimiento».

Cuando operaba en Cataluña defendiendo las banderas del primer Borbón, bajo el mando poco grato para él, tan español, del disoluto gabacho Duque de Orleans, suegro que fue luego de Luis I, como su valor era tan temerario con la pluma como la espada, se atrevió a retratarlo burlescamente con los versos que dicen así y que por supuesto no firmó, como es de suponer, los cuales se recitaban en los campamentos y cuartos de bandera:

«Te conocen los chiquillos
por norte de las tabernas,
lechuzo de vinateros
y Herodes de los cuartillos,
fiscal de cuantos bolsillos
brindán a tus ansias tiernas.
Catedrático de eternas
figuras hacia lo brujo,
emperador del orujo,
general de las tabernas.»

No se conoce más biografía del ilustre y mordaz hijo de Cuerva, que la breve y ocasional *Biografía de Eugenio Gerardo Lobo*, publicada por Vicente Barrantes el año 1850, centenario de su muerte, en el «Semanario Pintoresco Español». Está haciendo falta un libro sobre tan interesante figura, obra que esperamos escriba el general Antonio Maciá Serrano, nuestro compañero de Academia, notable escritor y poeta.

JOSÉ SANZ Y DÍAZ

Correspondiente

OBRAS POETICAS LYRICAS.

QUE SU AUTOR, EL CORONEL
D. Eugenio Gerardo Lobo, Capitan de
Guardias de Infanteria Española, ha cedido
à la Congregacion de la Milagrosa Imagen
de N. Señora de *Peña Sacra*, que se
venèra en el Real de Man-
zanares.

SACALAS A LUZ LA MISMA CONGREGA-
cion, y las dedica à esta Soberana
Señora.

SIENDO HERMANO MAYOR
el Excelentissimo Señor Marqués de Casa Sola,
y Consiiliarios del Culto de su Magestad,
D. Phelipe Alcocèr, y D. Antonio Tellez
de Azebedo.

CORREGIDAS, Y ENMENDADAS LAS QUE
antes estaban impressas, y añalidas en mucho, que
hasta aora no ha salido à luz, y va notado
con esta señal *

Con Privilegio: En Madrid, en la IMPRENTA REAL
por Don Miguel Francisco Rodriguez.
Año de 1778.